

y la valoración del ser humano en general, no dejan de pertenecer al cúmulo de convenciones que se suelen alejar del individuo concreto, y que no tienen suficiente fuerza para romper la distancia en lo ya establecido.

* Economista por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

** Socióloga por la Universidad de Guadalajara.

¹ Karl Marx, *El capital*. Siglo XXI, Argentina, 2002, t. I, vol. I, p. 43.

² *Ibid.*, p. 46.

³ *Ibid.*, p. 89.

⁴ Este entrelazamiento es presente en cualquier sociedad, pues todo el mundo sabe que las aspiraciones de los unos chocan abiertamente con las aspiraciones de los otros, que la vida social está llena de contradicciones, que la historia muestra la lucha entre los pueblos, en las sociedades y en el propio seno de estas. V. I. Lenin, *Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo*. Progreso, URSS, 1977, p. 26. Aquí hay que resaltar también las aportaciones de K. Kosik y G. Debord al respecto de la sociedad del espectáculo, ya que la imagen aparece como la realidad misma, y la realidad no resulta real más que cuando es proyectada como imagen y se presenta a los espectadores como un espectáculo, no es el hombre en sí mismo lo que es importante, es, como se dice actualmente, su imagen. El hombre es una imagen y la imagen hace al hombre. Kosik, en Alain Finkielkraut, "Entrevista a Karel Kosik: Praga y el fin de la historia". *Vuelta*, 207 (1994), pp. 9-13; Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*. Pre-textos, España, 2003.

⁵ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa I*. Taurus, México, 2002.

⁶ La búsqueda de la relación entre los elementos de este binomio que caracteriza a las ciencias sociales en general, se puede ver en la dialéctica de K. Marx, en el hecho social de É. Durkheim, en la construcción de la sociedad de A. Giddens, por mencionar algunos.

⁷ Hay que ubicar este evento en el marco de un proceso profundo iniciado en París con la Revolución Francesa, en el cual, durante el año de 1795, se realizó la primera "Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano" —aunque todavía no los de la mujer—, al asumir que la razón pertenece al hombre y es la que lo dota de libertad y capacidad política como ciudadano. *Vid.* Hannah Arendt, *¿Qué es la política?* Paidós/ICE-UAB, España, 1997. También es de considerar que los derechos resultan imprescindibles para asegurar que todos los ciudadanos sean tratados con igualdad genuina, "pues la acomodación de las diferencias constituye la esencia de la verdadera igualdad". Will Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*. Paidós Ibérica, España, 1996, p. 152.

⁸ Enrique Dussel, *Historia de la iglesia en América Latina*. Mundo Negro-Esquila Misional, España, 1983, p. 50.

⁹ Este mundo es una creación de los "hombres" diferente en esencia al hombre en sí, pero que tiene incidencia en la vida particular de los individuos y que marca el curso de nosotros: "pero siempre será el mundo, o mejor el curso del mundo [...] el que causará la destrucción de los hombres y no ellos mismos", en Arendt, *op. cit.*, p. 58.

Recuento

La revuelta en el mundo árabe

Víctor Hernández*

Soy escéptico de oficio, pero confieso que la revuelta de los pueblos árabes del Norte de África me contagió un cierto optimismo que, gracias a la intervención de los "aliados" en Libia, se ha esfumado con la misma espontaneidad con la cual surgió. Además, conforme pasa el tiempo las primeras explicaciones sobre lo que ocurre allí se han vuelto demasiado esquemáticas para servir de algo.

Por ejemplo, se ha insistido en lo rápido que se han dado los derrocamientos de los gobiernos de Túnez y Egipto, ya que se considera que poco menos de un mes de manifestaciones masivas ha sido suficiente para derrocar tanto a Ben Ali como a Mubarak. Sin embargo, me parece que ese "dato" refleja más la percepción de occidente que el hecho que pretende capturar. Sin duda, todo el mundo se ha sorprendido de la magnitud de los eventos, pero nadie sensatamente puede pensar que los tunecinos simplemente se despertaron un día hartos de su gobierno y salieron a la calle para derrocarlo. Por consiguiente, hace falta documentar el proceso por medio del cual la falta de empleo, de libertades políticas y, en general, de expectativas de vida, se traduce en abrumadora indignación colectiva.

De igual modo se ha dicho que el costo en términos de vidas humanas ha sido mínimo, todo un milagro, tomando en cuenta la clase de dictadores que han sido ambos sujetos (algo que no se puede decir de los tiranos de Libia, Siria, Marruecos e Irán). En gran medida, esto obedece al papel que han jugado los ejércitos de ambos países, pero no está del todo claro si la clase militar comparte en distintos grados la misma frustración social con la inmensa mayoría o si su intervención para facilitar la caída de los dictadores obedece a un estricto cálculo de control de daños. Para el caso de Egipto esto último parece haber ocurrido no sin la intervención abierta de Estados Unidos.

Otro factor que se suele invocar es la participación de una juventud poco atada al tradicional nacionalismo árabe, al fundamentalismo religioso o al Islam mismo (esto último un fenómeno que

(Continúa en p. 10)

hacia la zona alta del cuerpo de la mujerona como intentando enterrarle el cuchillo en el corazón. Si pudo lograrlo o no, sería imposible saberlo debido al baño de sangre y a las partes del interior del vientre que ya le colgaban a la mujer; ella trastabilló, metiendo una mano en el caldo hirviendo, pero ya no le importó porque, de pronto se derrumbó hacia adelante, provocando un sonido similar al que haría el viejo refrigerador si de pronto cayera. Rodolfo se acercó a la mujer, le metió el cuchillo debajo del mentón y se lo pasó contra la garganta casi con el afán de desprenderle la cabeza. Era obvio que la mujer ya estaba muerta unos minutos antes. Y el joven se detuvo al fin, pero su cara conservaba aún la rabia, el odio, el resentimiento, el delirio de venganza, que se le fue creando en décadas. Nunca había habido en la cocina tanta sangre, aunque allí murieron no pocos guajolotes y otras veces marranos pequeños.

Rodolfo limpió el cuchillo en las telas de la espalda de la abuela, lo tomó por el lado del metal y agarró una servilleta de la mesa del comedor que estaba preparada para que comieran los cuatro; como era costumbre, la abuela se habría sentado en la cabecera. Se dirigió rápido hacia la azotea: su hija no tardaría en llegar. Colocó varias veces el cuchillo en la mano derecha de su nieto, para impregnarle las huellas táctiles. Bajó de nuevo con el cuchillo agarrado con la servilleta por el lado del metal, fue a su antigua recámara, tomó uno de sus puros con la mano derecha, salió hacia su gramófono y eligió un viejo disco de Caruso, cuya voz hermosa resonó en el departamento; Rodolfo se dirigió luego al comedor, se sentó, mordisqueó la punta del puro, lo encendió con la misma mano, hizo una aspiración potente que originó un brillo intenso de la brasa. Redondeando los labios lanzó tres rosquillas perfectas de humo hacia la cocina y se puso a esperar a su hija. La abuela odiaba los puros y, en especial, las rosquillas. Mientras tanto, con la mano izquierda, su marido sostenía con la servilleta el cuchillo por el mango de madera.

*Guillermo Samperio (Ciudad de México, 1948). Ha escrito principalmente novela y cuento. Desde hace más de veinte años imparte talleres de creación literaria. Ha tenido cargos directivos, entre otros, en el Instituto Nacional de Bellas Artes y en Difusión Cultural de la Universidad de las Américas. Su obra es abundante y variada. Ha recibido gran cantidad de premios, entre los que destaca el otorgado por Casa de las Américas, en La Habana, 1977, por *Miedo ambiente*. Su obra ha sido antologada en múltiples ediciones nacionales e internacionales y traducida al francés, inglés, rumano y vietnamita. Participa, además, como colaborador en varias revistas y periódicos que gozan de gran prestigio.

el antropólogo Clifford Geertz había detectado a finales de los años 60 en su análisis del Islam en Indonesia y Marruecos). Pero eso no es todo, ya que se ha insistido que el protagonismo se ha hecho sentir gracias al uso del Internet como instrumento de movilización social. Esto mismo se ha venido diciendo en el caso de Irán, pero habría que explicar entonces por qué ha fracasado en el mundo persa, pero no en el norte de África. Sin embargo, de acuerdo con un informe reciente de la Freedom House (<http://www.freedomhouse.org/template.cfm?page=70&release=1398>) Túnez posee una capacidad de conexión pobre y se encuentra en el lugar 81; esto es, en la media de los países con ausencia de libertad en la red (sólo 8 puntos menos que Irán; mientras que Egipto ocupa la posición 53, sólo dos puntos debajo de Paquistán, el último país que goza de una libertad parcial).

Un último aspecto revelante es precisamente los medios o modos de propagación del descontento social. Se habla de *contagio* o “efecto dominó” más allá de la región, en tanto que involucra a todo el mundo árabe, sobre todo si se toman en cuenta las manifestaciones en Yemén y Siria. Pero de nueva cuenta, me parece que hay aquí involucrado un asunto de percepción del resto del mundo que debería tomarse, al menos, con cierta reserva.

En primer lugar, Túnez y Egipto muestran entre sí tantas asimetrías sociológicas (población, influencia social, etcétera) que vuelven improbable —mas no imposible— la direccionalidad de contagio. Además, la proximidad temporal entre la caída de Ben Ali y la de Mubarak no permite establecer relaciones causales estrictas. Y no se requiere ser un fan de Hume para advertir que estamos ante fenómenos sociales más o menos simultáneos cuyo verdadero origen quizá se ha venido fermentando en todo el mundo árabe sin que “los otros”, los occidentales, hayan advertido su sentido y profundidad.

*Docente-investigador de la UACJ.